LA REVISTA DE BUENOS AIRES

HISTORIA AMERICANA, LITERATURA Y DERECHO

Periódico destinado á la República Argentina, la Oriental del Uruguay y la del Paraguay.

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION

DE

Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada

(ABOGADOS)

TOMO VI.



BUENOS AIRES

Imprenta de Mayo, 241 Calle Moreno 243.

1865.

CAMPAÑA DE MISIONES EN 1828.

(Apuntes Históricos.)

I.

Empezaré estos fragmentos por lo que se refiere á la *Campaña de Misiones* durante la guerra con el Brasil, bajo el mando del jeneral don Fructuoso Rivera, en la parte que fuí actor.

No es la historia de aquella campaña; no es tampoco la del general Rivera: ambas cosas pertenecen á otra categoría.

Es una cópia de mis *Apuntes*, que destinaba para solaz del hogar en las veladas del invierno. Sin plan, sin órden, sin método como corresponde á simples recuerdos consagrados á la intimidad de la familia. Escritos en una palabra, para no ver la luz pública.

Se equivocaria mucho el que buscase en ellos la erudicion, la literatura; el arte no ha entrado para nada en mis reminiscencias.

Por eso el lector, encontrará cosas y nombres al parecer ajenos del asunto principal, mas no debe olvidarse el oríjen y objeto.

En cuanto al protagonista, preciso es decir, que era un hombre célebre bajo todos respectos. Su vida ocuparia volúmenes por el papel que ha desempeñado en el gran drama de la revolucion, en la cual ha marchado de consecuencia en consecuencia, por efecto natural de la democrácia; debido á la cual su figura espectable puede considerarse colosal.

Hasta aquí nadie se ha ocupado de escribir respecto de

este personaje cuya vida y hechos por sí solos bastan para caracterizar una época.

La mayor parte de los hombres que lo conocian ó que sirvieron á sus órdenes han desaparecido sin dejar nada escrito. ¿En pós de ellos qué queda? La conciencia póstuma? No es lo bastante. Las generaciones venideras reclaman otra cosa; necesitan conocer el pasado para inspirarse ellas mismas en lo futuro. Así pues, la mision de los contemporáneos es descorrer el velo que cubre á nuestros caudillos para leccion de los que vengan.

El general Rivera era un hombre verdaderamente célebre. Salido de una clase vulgar, conservó hasta su muerte el esterior y las maneras toscas del hombre de campo; pero poseia un gran talento natural, empleado siempre en intrigas y manejos para llenar sus aspiraciones y satisfacer su insaciable sed de mando y de dinero. Así, su política toda estaba subordinada á estos dos objetos primordiales. Lo primero para satisfacer su vanidad que no conocia límites; lo segundo para hacerlo servir á sus fines, y saciar su inagotable sensualidad. Tenia todas las cualidades del *caudillo*. Pródigo hasta el estremo, todo lo daba. Con razon se decia de él que era *un saco roto*, pues nada le bastaba. Pedia á cuantos le rodeaban cuasi siempre para dar á otros; pero ni cobraba ni pagaba. Era el hombre de los grandes vicios, pero esos vicios mismos tenian algo de heróico.

Durante la guerra civil, jugó un gran rol en su pais, donde se le reputaba la primera capacidad militar. Y en efecto lo era; pero puramente local. Muy práctico del terreno, conocia todos los montes, valles, rios, arroyos y *picadas*, aun las menos frecuentadas. Esto le dió siempre una gran ventaja sobre sus enemigos.

De todos los caudillos de la Banda Oriental, el general Rivera fué el mas manso y humano. No era sanguinario, apesar de haberse formado en la terrible escuela de Artigas, y servido con Otorguéz, Blasito, Andresito, Encarnacion, Casquito, Moreira, Gai y demás caudillejos de su tiempo: siendo el único que les ha sobrevivido.

De todos los comandantes de Artigas, Rivera fué siempre el que se condujo mejor como militar y como hombre de órden; pero lo que le dió mas reputacion fué la conducta que observó en Montevideo cuando fué á deponer por órden de Artigas, al gaucho Otorguéz, primer gobernador impuesto por las *montoneras,* despues que las tropas de Buenos Aires al mando del entonces coronel Soler, evacuaron aquella plaza. (Febrero 27 de 1815.)

Durante el gobierno de Otorguéz, una soldadesca desenfrenada cometia todo jénero de desórdenes, de crímenes, diré mejor. Por este motivo se cerraron las tiendas y pulperias, las familias vivian encerradas, nadie se determinaba á salir á la calle, sobre todo las mujeres, que eran ultrajadas en plena luz del dia.

Llegó á crecer pasto en las ventanas, de estar siempre cerradas.

El comandante Rivera depuso á Otorguéz, que en 2 de marzo del propio año, dictára un bando imponiendo la última pena á los que se atrevieran á *criticar* los actos de su desgobierno; mandó salir toda su tropa de facinerosos, restableció el órden y supo inspirar confianza al vecindario. Se abrieron de nuevo las casas de negocio, repuso el Cabildo, nombró autoridades civiles, y empezó para ese desgraciado pueblo una era de reparacion.

Desde entonces don Fructuoso Rivera fué el hombre popular de aquel pais.

Muchos rasgos de este jénero podrian citarse: pero como ya lo he dicho, no es su historia la que voy á escribir, sinó simplemente referir algunos episodios de la campaña de Misiones, que por su calidad no dejan de caracterizar al hombre.

En 1827 por efecto de desavenencias con el general Lavalleja, se le mandó retirarse á Buenos Aires; pero aun allí le siguió la animosidad de sus enemigos, que obtuvieron del gobierno durante la presidencia de don Bernardino Rivadavia, una órden de prision.

Rivera tuvo aviso y fugó de Buenos Aires yendo á asilar-

se en Santa Fé, donde vivia tranquilo bajo el amparo del gobernador don Estanislao Lopez.

Don Bernabé Rivera, sobrino, pero á quien el jeneral trataba de hermano, perseguido tambien en la Banda Oriental, despues de haber andado algun tiempo huyendo por los montes, con parte de un cuerpo de Dragones, no pudiendo sostener la campaña emigró con varios gefes y oficiales y sesenta hombres de tropa. Fué á reunirse á su *hermano* en Santa Fé.

Por este hecho, el general Rivera se encontró dueño de una fuerza como de 120 hombres, de todas las clases, pero carecia de medios para sostenerlos.

El 20 de febrero de 1827 se dió la batalla de Ituzaingó que dejaba descubierta la provincia de Misiones.

El general Rivera proyectó desde entonces la toma de esa provincia, mas como el gobierno de Buenos Aires le era adverso, aplazó su proyecto para mejor tiempo.

El 27 de junio del mismo año renunció la presidencia el señor Rivadavia, y el 12 de agosto inmediato fué nombrado gobernador con la direccion de los negocios generales, el coronel don Manuel Dorrego.

Este cambio de personas vino á favorecer el proyecto de Rivera.

En ese tiempo, teniendo que haner un viaje á Santa Fé por asuntos particulares, tuve encargo de mi primo político don Braulio Costa, de visitar al general Rivera, agregando que si me ocupaba lo sirviera, que el respondia de todo.

Rivera me pidió dinero, y cuando llegaron los Dragones me pidió reses para la tropa, ambas cosas le dí y durante algun tiempo fuí su proveédor sin recibir medio.

Este fué el orígen de mi relacion con dicho general.

De vuelta á Buenos Aires, un dia me encontré con una carta de aquel, en la que me convidaba á tomar parte en su espedicion á Misiones.

En esa carta, recordando que lo habia servido me ofrecia darme ganados de los que se tomasen en aquella provincia.

Luego que me impuse de su contenido, corrí á casa del señor don Braulio á consultarle; pero sin darme respuesta alguna me dijo, déjeme esta carta, mañana le contestaré.

Al siguiente dia, eran las 7 de la mañana, cuando entró á mi cuarto.

—El señor gobernador, me dijo, desea hablar con usted.

¿Qué quiere conmigo el gobernador? le contesté. No tengo nada de comun con él.

—Vamos, sin embargo, repuso, y allá lo veremos.

Resistí cuanto pude á seguirlo; pero me comprometió diciéndome; lo he prometido y usted no me ha de hacer quedar mal.

Yo queria mucho á este amigo y lo seguí al Fuerte, aunque con suma repugnancia.

No solo no habia tenido jamás relacion alguna con el señor Dorrego sinó que lo consideraba el enemigo jurado de mi familia.

En el fondo de la galeria que daba al rio se encontraba Dorrego en su despacho privado.

Estaba de pié delante de una mesa donde habia un mapa estendido, y daba la espalda á la puerta.

Cuando sintió los pasos se dió vuelta. Estrechó la mano á don Braulio y me hizo apenas un frio saludo con un movimiento de cabeza y continuó en su ocupacion.

Don Braulio se dirijió á un sofá. Yo quedé de pie sin saber que pensar de aquel recibimiento.

Despues de una lijera pausa se volvió á donde yo estaba y me dijo:

—Lo he mandado llamar á usted, señor Pueyrredon, para ordenarle que se apronte para marchar á Misiones á incorporarse al general Rivera donde lo encuentre.

No hay espresion con que ponderar la sorpresa que me causaron estas palabras unidas á la recepcion seca y desabrida que se me hizo.

Despues que me repuse de la primera impresion contesté:

—¡Hacerme buscar para *darme órden*, ha dicho el señor

gobernador?

—A mí nadie me ha llamado—El señor me dijo simplemente que V. E. queria hablar conmigo: y sin embargo de haberme rehusado á venir, si lo he hecho ha sido por sus instancias.

—¿Para darme órden, insistí, para que marche á la campaña de Misiones, dice V. E.?

—A mí nadie me dá órdenes, y por consiguiente no marcho.

Esta contestacion produjo un diálogo muy animado.

—Marchará usted, volvió á decirme.

—Oh! no marcharé, repliqué.

—El gobierno lo dispone.

—El gobierno tiene muchos subalternos á quienes mandar y á cuyo número no pertenezco.

—Cuando la patria necesita de sus hijos, no hay mas remedio que servirla.

—La Patria! La Patria! bastante la he servido. Que la sirvan otros!

—Por último, no hay remedio, es preciso que usted marche.

—Soy un ciudadano y no marcho.

El gobierno no reconoce la separacion en que usted se apoya, y lo considera en servicio. (1)

Dirijiéndome entonces á don Braulio que no habia tomado parte alguna en la disputa, le dije:

—¿Para esto me ha traido usted aquí señor don Braulio?

Dorrego y yo estábamos parados, el uno frente al otro, como dos gallos.

El señor Costa se levantó muy ruborizado, y se metió de por medio, diciendo:

1. En el año 1826 servia en la frontera: habiendo invadido los indios en tres divisiones fuertes de 500 lanzas cada una, el regimiento de Blandengues salió á pelearlos; yo mandaba su vanguardia, y con ella derroté sucesivamente á todas tres en cinco acciones y en solo tres dias. El gobierno premió á los que no se habian batido, menos á mí, por cuyo motivo renuncié y no queria servir mas.

—Pero señor don Manuel: esto no es lo convenido: si yo lo hubiera sospechado, no lo habria traido al señor.

—Tiene usted razon don Braulio, repuso Dorrego; dándose una palmada en la frente, y agregó, ¡qué quiere usted amigo, esta cabeza! esta cabeza! Mire usted, dirijiéndose á mí, esta cabeza es la mala, mi corazon es bueno. El señor don Braulio me conoce, perdone usted señor Pueyrredon, venga usted conmigo; y tomándome de la mano, me condujo á un sofá en el cual me hizo sentar, haciéndolo él á mi lado.

—Hablemos con calma, dijo, y se espresó entonces, poco mas ó menos del modo siguiente:

—He visto su carta: usted no se fie de las promesas de don *Frutos*, es un hombre que ofrece mucho y no cumple nada. Usted no ha de ser tratado mejor que lo que trata á todo el mundo.

No tengo duda que él vá á tomar las Misiones y eso es lo que yo mas siento, porque nos vá á causar mucho mal.

—Necesitamos la paz! la paz! No podemos continuar la guerra. Rivadavia ha dejado el pais en esqueleto; exhausto totalmente el tesoro. En el Parque no hay una bala que tirar á la escuadra enemiga. Hago esfuerzos inauditos por montar la fundicion: no hay un fusil ni un grano de pólvora, ni con que comprarla.

Nuestra escuadra que tantos servicios hace, está impaga y sin repuestos; nuestro estado no puede ser peor. Cuando Rivadavia, añadió, *no pudo marchar*, tenia razon, espresó la verdad. Puede uno hacer brotar recursos de la tierra, pero no es justo apurar á este pueblo, agotado tambien como el erario.

Yo sé que el Brasil desea tambien la paz, pero la toma de Misiones vá á causarnos embarazos. Los brasileros no las han de querer ceder; don Frutos no las vá á entregar porque las toma por su cuenta.

El gobierno tratará de entenderse con él; pero eso no basta, es preciso que todos los amigos de ese hombre vayan, lo rodeén, é influyan para que no embarace las negociaciones que el gobierno se propone entablar. En ese sentido me inte-

reso en que usted vaya: voy á mandar llamar á don Julian Espinosa, á don Agustin Almeida y á cuantos sepa que son amigos de ese hombre. Es indispensable pues que usted marche, el pais le exije este nuevo servicio.

—Sé, continuó, el motivo de su oposicion á servir. El grado que con tanta injusticia se le escamotó, se lo dará el gobierno, etc.

Mi contestacion á todo esto, fué decirle:

—Ahora sí nos entendemos, señor gobernador. Está muy bien, marcharé, y haré cuanto esté de mi parte en el sentido de las miras del gobierno, apesar de que no puedo lisonjearme de poder influir en las determinaciones del general. Mi relacion no alcanza á tanto.

—No importa, replicó, un poco de cada uno harán un todo.

—Bien pues, marcharé, pero como simple particular; quiero estar en libertad de volverme cuando me parezca.

—De ningun modo, replicó Dorrego; acepte usted el empleo que el gobierno le ofrece; créame usted, como particular nada obtendrá de don Frutos, á lo menos es preciso que tenga su sueldo.

Quedamos convenidos en que así seria.

—Voy á mandar poner una cañonera á su disposicion, para que lo lleve al Arroyo de la China, de ese modo se ahorrará usted una gran vuelta. En lo demás, recibirá mis órdenes dentro de dos dias.

Así concluyó esta singular entrevista, donde casi tuvo lugar una pelea.

Empero, la verdad sea dicha, despues de esto el señor Dorrego se condujo bien á mi respecto.

II.

La cañonera se mandó aprontar. El capitan del puerto, coronel don Francisco Linch, vino un dia á decirme.—tengo órden de poner á tu disposicion una cañonera de guerra. La he mandado alistar pero necesita ciertas reparaciones: tendrás que demorarte algunos dias.

Aproveché esta demora para hacer un viaje á Chascomús, donde me detuve bastantes dias.

Pero antes de esto el coronel Linch me preguntó si no habian estado á verme dos mocitos que solicitaban pasaje para Entre-Rios. Le repuse que nó: pues han de verte, porque yo les he contestado que estando la cañonera á tu disposicion, debian verse contigo. Le pregunté quiénes eran: son dos mocitos que vienen aquí, hacen sus pacotillas como mercachifles, y aprovechan estas ocasiones para volverse. Les he dado pasaje otras veces, añadió. Pues siendo así, dáles tambien ahora, y economiza la visita. Mejor para mí, pues iré mas acompañado.

Qué léjos estaba de pensar que uno de ellos seria el futuro vencedor de Caseros, el que derrocó al tirano Rosas!

Con motivo de este viaje hubo otra circunstancia que no debo pasar en silencio, por el rol que jugó el hombre en el tiempo de las persecuciones que sufrí de Rosas.

Linch me habia dicho que estaba escaso de oficiales porque todos se hallaban embarcados por estar la escuadra enemiga al frente.

Pero tengo un contramaestre de Arsenal, excelente hombre que irá mandando la cañonera; mejor para tí, pues podrás mandarlo como te dé la gana.

—Es igual, fué mi contestacion.

Este contramaestre era un portugués llamado José Ferreira; mas tarde volveremos á encontrarnos con él.

A mi vuelta de Chascomús las cosas habian cambiado de aspecto, y obligado al gobierno á tomar otras medidas.

El general Rivera habia volado y caido de improviso sobre la provincia de Misiones entrando por la frontera Oriental. Batió al coronel Alencaster en la costa del Ibicuí, despues de lo cual, ya no tuvo quien hiciera oposicion á su conquista.

El general Lavalleja que mandaba en la Banda Oriental, destacó una fuerza volante al mando del coronel don Manuel Oribe para perseguirlo en el territorio oriental; pero Oribe excediendo sus instrucciones, penetró en el de Misiones, y en la misma costa del Ibicuí las vanguardias de ambas fuerzas chocaron, y hubo dos ó tres muertos de cada parte. Como

ya Rivera habia engrosado su fuerza, parte con orientales que se le habian reunido, parte con correntinos, las fuerzas permanecieron algun tiempo sin operar. Oribe espiando la ocasion de batirlo, ó esperando refuerzos—Rivera evitando todo choque que empeorára su posicion.

Con este motivo, se apresuró á dar cuenta al gobierno general de haber tomado posesion de Misiones, y se sometia por consiguiente al gobierno de Buenos Aires. Este le dió órden inmediatamente al general don Estanislao Lopez de marchar sobre Misiones á tomar direccion de la guerra por aquella parte, para lo cual su division de santafecinos fué reforzada con 250 reclutas cordobeses, y varios otros continjentes para formar un ejército. Impartióse órden al mismo tiempo al coronel Oribe de retirarse á ocupar su puesto en la línea de Montevideo.

Dueño Rivera de la campaña, continuó sus operaciones. Fué sucesivamente ocupando los pueblos, al mismo tiempo que engrosaba su fuerza, con la cual se habia situado en Itaqui. Cuando se presentó el general Lopez con su division á la parte occidental del Uruguay, allí lo encontró.

El general Rivera, rehusó someterse á Lopez. Le mandó ofrecer ausilio de ganados para su retirada, lo que no fué aceptado por Lopez, y durante algunos dias se combiaron notas que dieron por resultado que este emprendiese su retirada entregando á Rivera los continjentes que llevaba, con lo cual empezó á formarse el ejército del Norte bajo la direccion del coronel don Manuel Escalada, nombrado gefe de Estado Mayor general.

Por todas estas circunstancias mi viaje se habia postergado. Entretanto se resolvió reforzar el ejército del Norte con un escuadron de artilleria á las órdenes del coronel don Eduardo Trolé, que se incorporó con mas de 20 oficiales. Entre estos, recuerdo al capitan don Martiniano Chilavert, que andando el tiempo, murió fusilado por órden de ese mismo buhonero que como he dicho, iba de pasaje en la cañonera con su pacotilla; el capitan don José Maria Piran, actual general, y el teniente de infanteria don Miguel Galan, que

llegó á general y ministro de la Guerra en el Paraná. De los demás solo tengo presente que habia entre ellos varios franceses. Por lo que hace á mí, llevaba instrucciones por separado.

El viaje fué largo por causa de malos tiempos, varadas, y mas que todo, porque solo navegábamos de dia por temor de unos corsarios que andaban por el Uruguay, los cuales hicieron un amago sobre la cañonera en una mañana, pero se retiraron sin atacarla.

Durante el viaje no tuve contacto alguno con la comitiva, porque todos iban alojados en la bodega: en la cámara solo íbamos Trolé y yo. Como toda la navegacion la pasaban jugando y no era aficionado á esa diversion, jamás me acerqué á ellos. Esto fué causa de no conocer al despues vencedor en Caseros.

En el Arroyo de la China demoramos tambien muchos dias para comprar caballadas para la marcha, y llevarlas al ejército. Con este motivo y ser yo el encargado de dicha operacion, me hice de una magnífica *tropilla* que en adelante me sirvió mucho.

Al fin marchamos para Misiones por la costa occidental de *Curuzú-cuatiá,* que fué el último lugar habitado por aquella parte,—desde allí adelante todo era desierto.

En la marcha visitamos las ruinas del antiguo pueblo de Yapeyú, patria del general San Martin. La Cruz, era el que por entonces habia resistido mas á la accion destructora de los tiempos. Las macizas paredes de su iglesia se conservaban intactas. Un gran patio cercado de corredores sostenidos por columnas de piedra sobre pedestales de lo mismo, permanecian todavia en buen estado.

En el centro de ese patio se veia un cuadrante que nos llamó mucho la atencion. En un hermoso pedestal de piedra perfectamente labrado, se elevaba una columna de 5 varas, de una sola pieza. Sobre esta, descansaba la piedra cuadrada, en que marcaba el gnómon ó estilo, colocado de modo que pudiera verse por ambas partes. Su posicion era perpendicular, pero con una pequeña inclinacion al meridiano.

Las pinturas que adornaban esa columna ochavada en fajas verticales de cuatro dedos de ancho, apagadas por el polvo, aparecian descoloridas; pero cuando lavamos algunos pedazos, se vió la pintura amarilla y verde tan viva, como si acabára de ser puesta á pesar de tener ochenta años, segun la fecha esculpida en la misma piedra.

El cementerio era un cuadrilongo cercado con calles de árboles. Todos los sepulcros tenian lápidas de diferentes colores, con inscripciones en *guaraní* la mayor parte de ellas. Algunas habia en español y otras en latin. Se veian tambien algunos túmulos de formas raras y caprichosas.

En esta línea los Misioneros estaban mas adelantados que nosotros.

Cuando aun se enterraban los muertos en las iglesias, ya ellos tenian *campos santos* y usaban lápidas y monumentos, lo que no sucedia entre nosotros, hombres civilizados que mirábamos con desprecio á los indios.

En todo el tránsito desde Curuzú-cuatiá hasta Itaquí, no vimos mas habitantes que unos indios alzados que andaban boleando *baguales* de que estaban cubiertos aquellos campos. Al avistarnos huyeron abandonando los animales maniatados.

El aspecto del pais era risueño por su naturaleza. Cubierto de árboles, cortado por rios y arroyos cristalinos; mas no se podia prescindir de un sentimiento de melancolía al cruzar unos lugares tan bellos, tropezando á cada paso con ruinas y vestijios de antiguas posesiones de campo, que contenian todas magníficos naranjales enteramente abandonados.

En Itaquí nos incorporamos á la fuerza que se organizaba para formar un ejército bajo la direccion del coronel Escalada, que trabajaba activamente y con la intelijencia que le es característica á este distinguido oficial.

El general Rivera me recibió bastante bien, pero con aire de mando, lo que ocasionó me fuese á alojar con el coronel Escalada (don Manuel.)

A ocho leguas de Itaquí, en la costa del arroyo de Itú,

se estableció el campo general.

Una noche estando en ese paraje, fué llamado el señor Escalada por el general en gefe. Viendo que tardaba me quedé dormido. A las 12 de la noche volvió y me recordó para conversar.

—¿A que no es usted capaz, me dijo, de adivinar con quién acabo de estar?

—Por supuesto nó, le contesté. No tengo el talento de la prediccion.

—Con el célebre *Pancho* Alzaga, repuso.

Vino este á ver al general Rivera que no queriendo hablarlo le mandó á Escalada. Solicitaba tomar servicio en el ejército. Escalada le dijo, que eso no podia ser, que aquel ejército estaba ya á las órdenes del gobierno de Buenos Aires el cual lo reclamaria.

Alzaga sostenia que era inocente, que lo habian calumniado, é insistió de tal modo en ser admitido, que Escalada se vió en la necesidad de contestarle.

—Señor Alzaga, es preciso que usted sepa que sus cómplices ya no existen.

Alzaga se aterró. El no lo sabia; se cubrió el rostro con ambas manos, y lo confesó todo. Es cierto, señor, dijo, soy un crimnal!

El señor Escalada, sacó entonces 18 onzas de oro que le mandaba el general Rivera, y lo despidió diciéndole:—Tome usted esto, váyase señor, huya de los hombres ó hágase digno de ellos.

Nuestra conversacion duró hasta cerca del dia, sobre este hombre tan horriblemente criminal, y cuya causa estaba ya en conocimiento de todo el ejército.

Una larga temporada permanecimos en aquel campamento, creando y disciplinando los cuerpos, al mismo tiempo que iban haciéndose ocupar los pueblos sin peligro de ningun género.

Desde que el coronel Alencaster abandonó la provincia, despues de su derrota en Ibicuí, ninguna resistencia se opuso á su ocupacion. Así, aquella campaña fué de puros *ma*

nejos para lo cual el general Rivera era sumamente diestro.

Cuando tuvo aviso de estar celebrada la paz del 27 de agosto de 1828, fué cuando desplegó toda su actividad.

Inmediatamente despachó comisionados á los siete Pueblos, á los cuales puso á contribucion.

El plan que desenvolvió y llevó á ejecucion fué formulado en virtud del tratado de paz segun el cual la provincia de Misiones debia ser restituida al Brasil.

Su primera idea fué no dar cumplimiento á ese capítulo del tratado; pero no encontró apoyo alguno en el ejército, y se decidió por dirijirse á la Banda Oriental.

Luego que supo que se habia nombrado gobernador del Estado al general don José Rondeau en 1.o de diciembre de ese mismo año, despachó á la Banda Oriental desde su campo de Itú, á poner á disposicion del nuevo gobierno el baston del ejército.

El capitan don Bernabé Magariños partió para los pueblos á traer todo lo que habia en ellos.

Varios comisionados fueron á reunir los indios de las Reducciones, con el objeto de incorporar los hombres al ejército y llevar las familias.

Otro comisionado fué á entenderse con los Charruas; indios nómades que ocupaban los desiertos que mediaban á la sazon, entre el Brasil y la Banda Oriental.

Su objeto era presentarse en su pais—con fuerzas considerables para imponer, y riquezas para deslumbrar.

III.

Muy luego, el ejército se puso en movimiento fraccionado en dos cuerpos ó divisiones: una de las cuales, á las órdenes del coronel de dragones don Bernabé Rivera marchó hacia la costa del Ibicui, donde debia operarse la reunion general. Esta division se componia de las tres armas.

La otra, á las del mismo general en gefe se dirigió al interior, en la direccion ó rumbo del Rio Pardo. Solo llegó hasta la aldea de la Picada de San Vicente, donde el gobierno imperial tenia grandes propiedades y estancias con nu-

merosos ganados.

Algunas jornadas habiamos andado, cuando un dia paramos en un hermosísimo valle, á la vista de una estancia distante como media legua, sobre una *Cerrillada*.

Acababan de llegar de Buenos Aires y otros puntos varios sujetos atraidos por el aliciente de los ganados, entre los que recuerdo á don Mariano Gainza, don Mariano Escalada, Mr. Raquin, don Blas Despui, don Pedro Espino, etc. etc.

Todos estos señores conversaban con el general. Estaba tambien su secretario el doctor don Lucas Obes y yo, que desde que llegué habia sido nombrado su ayudante de campo, cuando vimos descender de los cerros y dirigirse á nuestro campamento dos ginetes en traje de hombres de clase.

Luego que se acercaron, todos reconocimos en uno de ellos á Pancho Alzaga, el otro era el dueño de la estancia que venia á convidar al general á comer en su casa.

A la vista del primero, asi como una bandada de palomas vuela al ver un gavilan, asi toda aquella reunion se deshizo dejando solo al general con sus visitas.

La comitiva se reunió conmigo á pocas varas de allí y la conversacion jiró como era natural sobre la muerte de don Francisco Alvarez, y la ejecucion de Marcet y Arriaga, que todos los circunstantes habian presenciado.

El general Rivera, probablemente á causa del acompañante, se escusó de aceptar el convite con pretesto de ocupaciones que no tenia, y levantando la voz, dijo al doctor Obes, que fuese en su lugar con todos aquellos señores y usted amigo Pueyrredon, añadió, se quedará conmigo. Luego iremos de paso á tomar algo. Asi se hizo, marchándose la comitiva.

Por la tarde se movió la columna, y al pasar la estancia, el general y yo nos dirijimos á las casas.

Toda la comitiva salió á recibirlo. El doctor Obes me contó que despues de comer el dueño de casa, lo llevó á un cuarto para que durmiese la siesta; usted sabe me dijo, que yo no puedo pasar sin ella y acepté. En el fondo de la pieza

que era larga y angosta, habian dos camas, una de ellas estaba ocupada; quise enterarme quien era mi compañero de cuarto, y cuando reconocí á Francisco Alzaga, rehusé descansar.

—Es cosa particular, le contesté, que haya usted tenido miedo de dormir en un mismo cuarto con el que ha vivido y viajado muchos dias cuando lo llevó á Santa Fé oculto.

—Es verdad, me dijo: pero entonces no lo creía un facineroso; lo consideraba inocente.

Entre tanto la division continuaba su marcha y á medida que avanzábamos hácia el interior, el pais se presentaba mas variado y hermoso.

En general, los campos de Misiones son quebrados, cubiertos de cerros, arboledas que se van á las nubes, rios y arroyos cristalinos, cuyas márjenes ofrecen al viajero un paradero agradable por el lujo de su vejetacion y el continuo canto de los pájaros, abundantísimos en aquella region: á que se agregan los baños tan necesarios en un pais caloroso.

Ademas de las serranias que se denominan generales, se encuentran por todas partes, cerros aislados que llaman *Morros*, cubiertos de árboles seculares. El cedro, el pino, lapacho, urandei, arrayan y amarillo se encuentran en grande y estraordinaria abundancia. Hay tambien muchas frutas silvestres. El *Guabiyú* semejante á la guinda, el *imbajai*, especie de melocoton; el durazno silvestre, *guayabo*, *granadilla* y mil otras de esquisito sabor.

En medio de los llanos hay multitud de bosques, pequeños y redondos, que llaman *capones*, los que son de un efecto sorprendente. Todo allí es bello: que grande es la naturaleza, en esos apartados lugares! El hombre se estásia contemplando sus maravillas y la riqueza de su vejetacion. Aquello es un verdadero panorama, cuya majestad anonada el espíritu ante el Criador y sus obras estupendas!

Los pueblos de Misiones, son como todos los del Brasil, con casas de teja, de una arquitectura especial, y comun al pais. Quien ha visto una casa, las ha visto todas; pero en

la campaña se encuentran magníficos edificios de dos y tres altos; verdaderos palacios con todas las comodidades de la vida: con jardines y huertas de toda clase de fruta, y grandes naranjales.

Sus dueños reunen en ellas cuanto es necesario. Sus despensas abastecidas de todo lo preciso y hasta de lo supérfluo.

Los brasileros se tratan bien; son muy obsequiosos y hospitalarios. El viajero que llega á una de esas casas es siempre bien tratado, tienen todas ellas un cuarto destinado para huéspedes en donde se les proporciona todo cuanto necesitan ó apetecen. Solamente se echa de menos el trato de las familias que no se presentan nunca al estranjero. Así, un forastero lo es alli toda la vida.

En el tiempo de la Tirania, multitud de emigrados se dedicaban al oficio de *Fazendeiros*, es decir, *mercachifles* y recorrian la campaña en todas direcciones, y aunque no ganaban en el negocio, conseguian vivir por que no tenian ni la que gastar. Todo se les proporcionaba en las casas donde paraban.

IV.

Sigamos la narracion pendiente. Desde que se hizo la paz, se habia puesto el general Rivera en relacion con el coronel Bentos Manuel Riveiro, que mandaba los rejimientos 40 y 42 de caballeria Imperial.

Bentos Manuel, envió en mision especial al campo de Rivera, á un comisario de guerra, de apellido Abreu, y al capitan don Cándido Azambuyo, oficial de toda su confianza. Se trataba de erigir en República la Provincia de Rio Grande'' para lo cual solicitaba el ausilio ó apoyo de la fuerza de Rivera. Este, que lo que queria era reforzarse para ir á la Banda Oriental, exijia que Bentos Manuel licenciára los dos rejimientos á sus órdenes y se le reunieran, comprometiéndose á ausiliarlo con un ejército despues que se hiciese del mando en su pais.

Para arreglar este punto, despachó el general una comision al campo de Bentos Manuel, compuesta del doctor Obes

y yo. Marchamos acompañados de los señores Abreu y Azambuyo.

El primer dia de marcha fuimos á parar á una Hacienda llamada San Rafael. Caminaban adelante el doctor Obes y el señor Abreu, Azambuyo y yo nos habiamos quedado media legua atrás; cuando llegamos era casi de noche.

En una esquina de la casa, conversaba un grupo de seis personas.

Nos dirijimos á ellos, cuando al acercarme reconocí á *Pancho* Alzaga, vestido de seda con el mayor lujo posible. Inmediatamente retrocedí hasta donde habiamos dejado los caballos.

Que he isso, me preguntó Azambuyo.

Nada, nada, despues iremos; continuemos nuestra conversacion. El doctor Obes que espiaba mis acciones se destacó del grupo y llegándose á mi, dijo:

¿Será destino el nuestro que nos hemos de encontrar siempre con este hombre?

No sé lo que será, le contesté; pero lo que si sé, es, que aqui me he apeado, aqui voy á dormir, y de aqui no me muevo hasta mañana á la hora de marchar.

Ya me lo estaba esperando, repuso el doctor ¿como haremos?

—Yo no sé como hará usted, mas yo haré como he dicho.

—Pero; ¿que pensarán los dueños de casa?

—Que piensen lo que quieran. No he de entrar jamás á alternar con ese facineroso.

El doctor Obes se fué. Llamó aparte al comisario Abreu, ignoro lo que le dijo, pero lo cierto es que Alzaga desapareció y los dueños de casa vinieron á buscarme.

Esa noche se celebró alli la noticia de la paz. Ya he dicho que los brasileros son obsequiosos; nos presentaron una mesa espléndida que duró hasta las 12 de la noche, brindando á los beneficios de la paz, á la patria, al emperador, etc. ¡cual no seria la mortificacion y acaso los remordimientos que este hecho despertaria en aquel desgraciado al verse escluido

de nuestra sociedad!

Luego que nos pusimos en marcha al siguiente dia, el comisario Abreu me atacó fuertemente para que le dijera lo que habia con ese hombre. Me negué á satisfacerlo. No quiero, le contesté, arrebatarle la hospitalidad que le conceden aqui. Entre otras cosas, el señor Abreu, me decia; no es mera curiosidad la que me mueve; añadiendo que se lo habian recomendado de Itaquí, que vivia en su casa, en familia, pero que tenia tres hijas y ansiaba saber á quien hospedaba en su hogar. Con todo, me mantuve firme á pesar de sus razones que en el fondo encontraba justas.

Viéndome hostigado, estrechado: concluyamos le dije. ¿Quiere usted ser portador de un recado para él?

Porqué nó, me contestó.

Pues manifiéstele usted que digo que no sea cobarde, que se trague el cañon de una pistola, que es lo único que le resta que hacer en este mundo.

Oh senhor! isso *he muito* repetia Abreu, pero yo no quise salir de aquí. (1)

Continuamos la marcha y fuimos á encontrar á Bentos Manuel, acampado en el arroyo de Zasquen.

Nuestra mision no tuvo buen resultado, y despues de cuatro dias de demora, regresamos al ejército que encontramos en la estancia del *Padre* donde habia hecho alto, á esperar el resultado.

En seguida de esto, continuó la marcha hasta los pueblitos de San Vicente, donde permanecimos muchos dias, ocupados allí en reunir y despachar grandes trozos de ganado de aquellos criaderos, no obstante que el que producen es pequeño, puesto que no engorda, nunca, á menos que se le dé sal. Asi es que todas las grandes *haciendas,* sirven solo para eso. Despues tienen que invernarlos en otros lugares.

Se sacaron tambien las familias de los pueblitos de aquella parte y las de los de la costa del Uruguay, se reunieron

1. En 1839, siendo mayor general del ejército de Lavalle en Corrientes, tuve el disgusto de tener que arrojarlo de el á pedido de todos los gefes. En esa vez, tambien solicitaba servicio.

á la otra division.

Cada Reduccion ó Tribu, marchaba como en procesion, presidida de los ancianos que llevaban los santos principales. El pueblo conducia multitud de santitos. A la cabeza de aquellas iba la música. Cada Tribu tenia la suya, compuesta de violines. Los músicos son tambien los cantores.

Las dos divisiones se unieron en la costa del Ibicuí.

Se calculaba en cien mil cabezas de ganado el que se arreaba.

Alli habia 28 carretas cargadas traidas por el capitan Magariños.

Llevaban objetos del culto y hasta las campanas; se decia que contenian muchas riquezas (no lo creo.)

Luego que llegamos al Ibicui, empezó á efectuarse el pasaje con mucho trabajo por que el rio es muy ancho y se hallaba crecido.

Se tuvo noticia, que el ejército Imperial se reunia para estorbarnos la salida á menos que se largasen las haciendas; y pusiesemos en libertad á los Indios.

El punto de reunion era Alegrete, donde ya se hallaba el Mariscal Sebastian Mena Barreto.

El general Rivera que calculó que tendria muchas demoras en aquel paso, me mandó en comision á Alegrete para entretener cuanto pudiera al Mariscal con su ejército, á fin de tener tiempo de efectuarlo.

Mis instrucciones estaban reducidas á hacer reclamos sobre esa reunion de fuerzas; formular alegatos y suscitar cuestiones de todo género.

Cuatro dias permanecí con el Mariscal; pero ya no era posible entretener mas, pues al último no faltaba mas sino que me echásen.

Creia que era tiempo mas que suficiente para efectuar el vado del rio; pero con gran sorpresa mia encontré que aun no se habia practicado del todo.

Todavia tardamos otros cuatro dias para concluir de pasar aquel inmenso tráfago.

El mariscal Barreto que solo esperaba mi salida de Ale-

grete, se puso en movimiento dos horas despues. No vino directamente sobre el ejército, sino que adelantó sus marchas sobre un flanco, sin aproximarse; pero maniobró de modo que quedamos cortados.

(*Concluirá.*)

MANUEL A. PUEYRREDON.